

January 1984

Importancia Actual de la Filosofía

Hno. Martin Carlos

Universidad de La Salle, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Carlos, H. (1984). Importancia Actual de la Filosofía. Revista de la Universidad de La Salle, (10), 85-97.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Importancia Actual de la Filosofía

Hno. MARTIN CARLOS F.S.C.*

Hace apenas pocos días —están precisamente aquí algunos de mis interlocutores de entonces— tuve yo la oportunidad de conocer la organización de la enseñanza de la Filosofía y de las Humanidades en una de nuestras universidades de Bogotá, precisamente en la Universidad INCCA, en que nos estuvieron explicando el modelo de la “Tolva”, que ellos tenían para enseñar las Humanidades a lo largo de todas las carreras, desde el primer semestre hasta el décimo.

La trama, el meollo por así decirlo, de esa formación humanística, era la formación filosófica. Evidentemente, a partir de una filosofía determinada, es decir, de la filosofía marxista, á base del materialismo dialéctico y del materialismo histórico.

Ante esa constatación experimentamos cierta nostalgia, porque recordamos que cuando se fundó la Universidad de La Salle, se fundó precisamente con el deseo de formar gente humanista, aun en las carreras técnicas —las hubo desde el inicio—, concretamente la carrera de Ingeniería Civil y la de Economía.

En esa organización inicial de la Universidad de La Salle —en la cual tuve yo alguna parte— se quiso que desde el primer semestre hasta el último de todas las carreras, se estudiara Filosofía y Teología. El pensamiento era exactamente el mismo que tienen en la Universidad INCCA, es decir, que las personas que se formaran en la Universidad de La Salle estuvieran mentalmente estructuradas, con esa estructura mental que da una formación filosófica y, además, para nosotros los católicos, con una seria formación teológica.

Infelizmente dicha formación no pudo mantenerse durante

* Conferencia dictada por el Hno. Martín Carlos, profesor del Departamento de Humanidades, el 11 de mayo de 1984, como homenaje de los 20 años de la Universidad.
Transcripción: Departamento de Humanidades.

mucho tiempo en nuestra Alma Mater; entre otras cosas —esto hay que decirlo sencilla y llanamente— porque, a medida que la universidad iba creciendo y se iban diversificando las carreras, no fue ya posible conseguir en todo Bogotá, profesores de Filosofía y de Teología, disponibles y como nosotros los deseábamos para esas cátedras que, a nuestro parecer, debían constituir algo así como la columna vertebral de nuestra universidad. Y fue así como se desvaneció aquel primigenio sueño dorado, y fue, poco a poco, reduciéndose a mínimas proporciones. Las diez cátedras de Filosofía se reemplazaron por dos de Humanidades, en las que se trataban temas de mayor o menor actualidad, pero en las que no aparecía la hondura de la reflexión filosófica; y las diez cátedras de Teología cedieron el campo a dos de Cultura Religiosa, en las que los contenidos se emparentaban ciertamente con el tema religioso, pero en las que no se alcanzaba nunca el nivel científico en que se hiciera posible y plenamente fructuoso el tan anhelado diálogo de altura, entre la ciencia y la fe.

La Filosofía, en efecto, ha de ser algo que ha de ir integrándose, no sólo con todas las materias del currículo, sino con toda la mentalidad y, en definitiva, con toda la vida del hombre.

Filosofía y vida

Porque la Filosofía no es solamente, como algunos pudieran pensar, pura teoría; sino además, algo esencialmente importante para la vida y, por lo mismo, esencialmente práctico. Es cierto que la Filosofía es fundamentalmente especulación —reflexión profunda sobre toda la realidad— y así lo han entendido siempre los grandes filósofos. Pero existe también la filosofía práctica que, desde luego, no tiene nada que ver con la producción de objetos materiales; pero sí con la dirección de la vida, con la conducción de la existencia humana, a nivel personal y comunitario. Pero aun la misma filosofía práctica está igualmente fundamentada en la teoría: porque son los grandes principios éticos los que orientan la vida, y las grandes teorías políticas las que dan directivas para la conducción de los pueblos.

En realidad, lo queramos o no, todos hacemos filosofía; porque la filosofía es una de las dimensiones fundamentales del hombre, como lo es la religión. No hablo yo ahora solamente de la religión católica o de la protestante o de la cristiana en general, sino de la religión a secas, así se dé en el mundo mahometano o en el judío; en el mundo musulmán o en el hindú o en el japonés; la religión es siempre una de las dimensiones fundamentales del hombre, y la Filosofía lo es igualmente.

Bochenski es ciertamente un autor conocido para muchos de ustedes, especialmente por sus obras sobre lógica y, más concretamente, por su gran **Historia de la Lógica Formal**. Tal vez algunos hayan tenido oportunidad de leer también su **Historia de la Filosofía Contemporánea**, obra de lectura ardua, a causa de su gran densidad. Pero de Bochenski conocemos también una serie de conferencias que él dio hace algunos

años, por la radio alemana, concretamente en la ciudad de Friburgo —queremos decir el Friburgo de Alemania (Freiburg im Breisgau)— sobre la importancia de la filosofía.

En esas conferencias mostraba él cómo todos hacemos filosofía, lo queramos o no, ya que la filosofía es un asunto que no atañe sólo a los profesores de esa materia, sino que, por muy raro que parezca, probablemente no hay hombre alguno que no filosofe. Todo hombre, en efecto, tiene momentos en su vida en que se convierte en filósofo, en que se interroga por el porqué, es decir, por la explicación de la propia existencia, de la vida y del universo.

Seudofilósofos

Eso es no menos cierto de los científicos, historiadores y artistas que, aun sin una seria formación filosófica, quieren también ellos filosofar. Y es que, como decíamos, la filosofía es una dimensión del hombre. El aspecto un poco humorístico de la cuestión consiste en que precisamente nuestros grandes científicos, historiadores, poetas y artistas, cuando se ponen a filosofar, infortunadamente —y pese a su buena voluntad— no logran hacer generalmente sino una muy mala filosofía. Es lo que apunta agudamente Bochenski: “Realmente no digo yo que con ello le presten un eminente servicio a la humanidad; los libros de los legos filosofantes —legos filosofantes son para Bochenski, los médicos, los físicos, los biólogos, los ingenieros, los políticos, los poetas, los grandes novelistas, que sin preparación filosófica se meten a filosofar—, esos libros, digo, solo contienen una filosofía ingenuamente infantil y generalmente falsa.

Lo importante es que todos nosotros filosofamos y, a lo que parece, no tenemos otro remedio que filosofar. A no ser que pasáramos, como dice Kant, con la cabeza agachada y los ojos clavados en la tierra, por todas las realidades de la existencia y a lo largo de toda nuestra vida. Pero si levantamos la cabeza hacia el cielo estrellado, o si hundimos la mirada en nuestra propia conciencia, para contemplar las maravillas del mundo interior y de la ley moral, entonces, dice Kant, no podemos menos de filosofar.

Acaso una de las inteligencias más brillantes en el mundo científico —físico-matemático— de la primera mitad del siglo XX, fue tal vez Einstein, al lado de otros, como Heisenberg y Max Planck. Pero de Einstein se dice que su bagaje filosófico era relativamente muy pequeño y otro tanto cabría decir de su bagaje teológico. De él se refiere que, discutiendo alguna vez con uno de los cardenales católicos alemanes, le dijo: ¿Qué harían ustedes los católicos cuando nosotros los matemáticos descubriéramos una ley que lo explique todo en el universo, sin necesidad de tener que recurrir a un Dios Creador? Efectivamente, el sueño dorado de Einstein, durante toda su vida, fue llegar a descubrir una ley —no sólo la de la relatividad especial o la de la relatividad generalizada—, sino alguna

ley, todavía más amplia, que englobara todas las leyes de la naturaleza y que, en definitiva, lo explicara todo en el universo; pero es el caso que ese sueño dorado y esa unificación del campo científico no los logró jamás. ¿Qué harían entonces ustedes, los católicos?, preguntaba, pues, Einstein al cardenal. Y éste, que era nadie menos que el cardenal Schulster, un hombre de una cultura y erudición increíbles, sonrió y le respondió tranquilamente: “Pues ese día, los matemáticos, tendrían que ponerse a averiguar en qué se equivocaron”.

Filosofía, ciencia y religión

Nosotros, los cristianos, no tenemos por qué andar con miedo de que con los nuevos descubrimientos y los avances de la ciencia se llegue a demostrar la inutilidad o la falsedad de la religión. Ciencia y religión son dos mundos muy diferentes y, en definitiva, complementarios. Precisamente, en esta segunda mitad del siglo XX, una de las cosas que constituye un verdadero progreso del espíritu es el haber llegado a descubrir y respetar la autonomía de los distintos mundos del saber, es decir, de los distintos campos científicos, incluyendo —contra el positivismo— los campos inmensos de las ciencias humanas.

Durante casi todo el siglo pasado, especialmente con el fundador del positivismo, Auguste Comte, se creía que iba a llegar el momento en que las ciencias experimentales, las ciencias físico-naturales, coparían todo el campo y explicarían y resolverían todos los problemas humanos. Hoy, en esta segunda mitad del siglo XX, ya hemos renunciado a esa ilusión: las ciencias naturales no pueden resolver los problemas del hombre y tienen que ser las primeras —como lo están haciendo hoy— en recurrir a las ciencias humanas.

Yo asistí al Congreso Mundial de Filosofía de Düsseldorf, en 1978, y allá una de las cosas que tenían que reconocer los grandes científicos del mundo —que fueron invitados porque el tema del Congreso era precisamente “Filosofía y Ciencia”— era la necesidad de respetar la autonomía de las distintas esferas científicas: una es la esfera de las ciencias físico-naturales y otra la de las ciencias del hombre, de las ciencias del espíritu. En esas esferas se siguen métodos distintos y hay, por decirlo así, verdades distintas. En efecto, a pesar de que se nos ha venido repitiendo que la verdad es una, existen, sin embargo, muchos puntos de vista desde los cuales se puede considerar la realidad y, por consiguiente, la verdad: la verdad es realmente polifacética.

Aquí habría que evocar, no solamente a Einstein, sino igualmente a Heisenberg, quien también se ha puesto a escribir libros de filosofía, no sólo diálogos de física atómica. O podríamos citar al famoso biólogo francés y Premio Nobel, Jacques Monod, quien en su famoso libro *Le Hasard et la Nécessité*, quiso también filosofar. Pero, infortunadamente, a pesar de tratarse de un gran biólogo, al salirse de ese su mundo experimental,

logra tan solo disparatar, cuando quiere conducirnos a buscar una explicación total de la vida y del universo.

Un caso análogo ocurre con Oparín, en su tan difundida obrita sobre *El origen de la vida*. Por ejemplo, cuando se pone, sin ningún bagaje filosófico y sin ningún criterio histórico, a analizar la filosofía de Santo Tomás. Entonces sí que dice cosas que, como decía Bochenski, o constituyen una ingenuidad filosófica o una falsedad. Los grandes especialistas en Santo Tomás y en Aristóteles saben muy bien qué valor hay que atribuir a su Física, y muestran cómo ella es tributaria de la ciencia de su tiempo, en que se creía incluso en la generación espontánea y en que de trapos podridos podrían salir ratones. Pero eso no aminora en nada el valor de sus grandes y profundas especulaciones metafísicas y éticas, sobre el ser y sobre el comportamiento humano en el campo individual, social y político.

Poetas como Pablo Neruda, son de un indiscutible valor lírico; pero cuando emigran a otros campos, como la sociología o la política, entonces, muchas veces, no hacen más que disparatar. Otro tanto cabría decir de nuestro gran novelista y Premio Nobel, Gabriel García Márquez: por debajo o detrás de la vulgaridad aparente o real de sus obras, se mueve ciertamente un gran maestro del estilo y del arte literarios; pero cuando pasa de ahí a intervenir en la prosa de la lucha política, entonces sí adopta actitudes y emite conceptos del todo discutibles.

Uno de los más grandes intelectuales de Colombia en el segundo tercio del siglo XX fue ciertamente el doctor Luis López de Mesa, a quien nadie podría negar su competencia, primero en el campo médico y científico, y después en el campo sociológico. Fue él quien realizó algunos de los mejores estudios sociológicos que se han publicado en Colombia. Y sin embargo —y es aquí donde puede palpase, por decirlo así, la importancia trascendental de una seria formación filosófica— sin embargo, decimos, cuando aborda la problemática propiamente filosófica del hombre y de la vida, no puede menos de incurrir en notables dislates cosmológicos, metafísicos y antropológicos. Recuerdo aún, a ese respecto, la polémica que sostuvieron, en su tiempo, el doctor López de Mesa y el célebre filósofo y jesuita padre Francisco González, en la que éste logró demostrar cómo las teorías filosóficas que pretendía presentar como propias el doctor López de Mesa, no eran, en realidad, sino la resurrección de las viejas doctrinas del panteísmo emanatista.

Todo ello para mostrar que todos nosotros, bien que mal, queremos hacer filosofía; pero que para hacer buena filosofía tenemos que someternos a la disciplina de un estudio serio, largo y, por añadidura, difícil.

A aquellos de ustedes que no son filósofos, yo no me atrevería a recomendarles que se enfrenten directamente con las obras de Hegel o de Heidegger; porque tal vez se desanimarían, cuando tengan que leer cinco o seis veces un solo párrafo, para tratar de entender lo que quieren ellos decir. Sí podrían leer, en cambio, los diálogos de Platón, en donde, con un arte insuperable —cuya fórmula, infortunadamente, hoy se ha perdido—

se plantean, en forma amena y profunda a la vez, casi todos los grandes problemas filosóficos, que han seguido luego discutiéndose, en pos de él, durante casi veinticinco siglos de especulaciones filosóficas.

Más allá de las ciencias positivas

Para los que dicen o piensan que hoy la filosofía es cosa muerta, no podemos menos de hacerles caer en la cuenta de que también ellos, bien que mal, siguen haciendo aún filosofía. No hay cosa más divertida y paradójica, decía Bochenski, que el ver a los enemigos de la filosofía, desplegar prodigios de ingenio para buscar argumentos filosóficos, con el fin de demostrarnos que la filosofía ya no existe.

Y en cuanto a que la filosofía sea difícil, dice el propio Bochenski: "La Filosofía cuando considera un objeto, lo mira siempre desde el punto de vista del límite, lleva siempre las cosas al límite: es evidente que existe algo; pero el filósofo pregunta: ¿Por qué existe algo, más bien que nada? Allí donde las ciencias acaban, el filósofo todavía sigue preguntando; donde las ciencias no tienen ya nada que decir, la filosofía sigue aún buscando los aspectos fundamentales. En ese sentido la filosofía es una ciencia de los fundamentos: donde las otras ciencias se paran, no preguntan y dan mil cosas por supuestas, allí empieza a preguntar el filósofo. Las ciencias conocen, pero el filósofo pregunta qué es conocer, hasta qué punto es posible el conocimiento humano, el conocimiento de la verdad; cuáles son los límites de este conocimiento, en qué condiciones y hasta qué punto es posible el conocimiento en los diversos campos científicos, qué valor tienen las conclusiones de la ciencia. El científico establece leyes, pero el filósofo se pregunta qué es una ley científica. El hombre ordinario habla de sentido y finalidad: qué sentido tiene la vida, qué sentido tiene el universo. Pero el filósofo estudia qué hay que entender propiamente por sentido y por finalidad".

Filosofía difícil

La Filosofía es, pues, una ciencia radical, como la llama Husserl, en su obra *La Filosofía como ciencia estricta*. Porque la filosofía va hasta la raíz, de manera más profunda que cualquier otra ciencia. Donde las otras se dan por satisfechas, la filosofía sigue aún preguntando e investigando.

Eso explica el que la filosofía sea una ciencia difícil: allí en donde todo se pone en tela de juicio; allí en donde hasta la religión misma se cuestiona y se somete a examen, pues para eso existe una disciplina filosófica que es la "Filosofía de la Religión", la cual estudia precisamente el valor religioso o el valor de lo sagrado. Allí se examina qué sentido tiene el valor de lo divino, cuáles son sus características, cuál es su justificación y su validez.

Citábamos, hace poco, grandes científicos que se pusieron a abordar cuestiones religiosas, sin un bagaje filosófico suficiente. Yo estoy no

menos persuadido de que el propio Freud, a quien no se le puede negar su competencia científica en el campo médico, psicológico o psiquiátrico, ni su paternidad de la psicología profunda, sin embargo, cuando se mete a estudiar el problema religioso o el de los orígenes de la religión, en obras tales como *Tótem y tabú* o *El porvenir de una ilusión*, lo hace sin haber estudiado suficientemente, ni la filosofía de la religión, ni el problema científico —de arqueología, de lingüística, de hermenéutica, de antropología cultural...— de los orígenes de la religión, como se estudió después en obras alemanas de diez y doce volúmenes, como la de Wilhelm Schmidt.

Si ustedes quisieran leer algo más detallado al respecto, podrían consultar la obra de Hans Kung, *¿Existe Dios?*, en donde dedica unas ciento cincuenta páginas muy densas, y con un aparato crítico excelente, a analizar la posición de Freud, en relación con el problema religioso. Y si quisieran comprobar hasta qué punto intervienen la filosofía y la razón, para examinar el problema religioso y aun el problema de la Revelación Judeo-Cristiana, yo los invitaría a que leyeran la obra de Claude Tresmontant, que lleva precisamente por título: *El Problema de la Revelación*, en donde se analiza el problema de la legitimidad de la Revelación y de si ella es algo que se sostenga ante los ojos de la razón o no.

Y si todavía quisieran estudiar —por su aspecto negativo, por decirlo así— el problema de Dios, entonces los invitaría a estudiar otra obra, más extensa, del mismo autor, *Los problemas del ateísmo*, en donde muestra que, a lo largo de 2.600 años, desde Parménides hasta nuestros días, el ateísmo no ha sido nunca capaz hasta ahora, de formularse lógicamente, es decir, de una manera coherente y racional. Cuando Parménides, en un primer paso, define el ser diciendo: “El ser es”, el ser es y, por consiguiente, siempre ha sido y no puede dejar de ser, le está dando al ser los atributos del ser absoluto. Pero cuando, en un segundo paso —absolutamente injustificable desde el punto de vista lógico y metafísico— dice: “El ser es el mundo”, en ese momento está absolutizando el mundo —una realidad que a nosotros se nos presenta como esencialmente contingente— y por el mismo hecho está dando, en forma ilógica, origen a todos los ateísmos que se sucederán a lo largo de la historia, hasta nuestros días, incluyendo el ateísmo marxista.

Filosofía y autoridad

Habría que añadir ahora que, en filosofía, no rige ninguna autoridad. Ya desde la Edad Media venía repitiéndose como un proverbio: “Argumentum autoritatis infirmissimum” (el argumento de autoridad es el más débil de todos). Es decir que, en filosofía, ninguna cosa es verdadera porque la haya dicho Platón o Aristóteles o Santo Tomás o Marx o Lenin, sino que cada cosa debe demostrarse racionalmente como verdadera. A este propósito anota muy oportunamente Bochenski: “Cuando el filósofo tropieza con una contradicción entre la ciencia y cualquier autori-

dad humana, el filósofo debe decidirse por la ciencia, contra la autoridad humana, cualquiera que sea — así sea la del presidente de tal o cual parte, o la del filósofo tal o cual.

Esto se aplica muy especialmente a las llamadas ideologías y a las afirmaciones sentadas a base de cualquier autoridad social o política. Hoy que están enfrentadas en forma tan espectacular la ideología de Occidente y la ideología marxista, sería interesante, si alguien quisiera hacer un estudio comparativo a fondo, a ese respecto, que consultara la enciclopedia **Marxismo y democracia**, preparada por especialistas alemanes y publicada en español, en treinta y nueve volúmenes: nueve de ellos hacen la comparación en el terreno de la historia, siete en el de la economía, siete en el de la política, cinco en el de la filosofía, cuatro en el de la sociología, dos en el del derecho y cinco en lo que se refiere a los conceptos fundamentales. La comparación es allí muy rigurosa, concepto por concepto, y con una bibliografía que para los autores soviéticos está evidentemente en ruso.

Es precisamente en ese campo de las ideologías en donde más existe el peligro de que en forma explícita, o al menos implícita, se diga: La ciencia puede decir tal cosa, pero fulano o sutano — Marx, Engels, Lenin... — dicen otra cosa distinta, y a ellos tenemos que atenernos. En el Congreso Mundial de Filosofía de Düseldorf, — en el que estaban presentes más de dos mil filósofos de todo el mundo, de los cuales unos seiscientos procedían del mundo comunista —, y que precisamente tenía como tema “Ciencia y Filosofía”, los filósofos occidentales tuvieron más de una vez la oportunidad de afirmar, con gran énfasis: Nosotros no aceptamos que una cosa sea cierta porque la diga fulano o sutano, sino porque se nos demuestra como verdadera.

Así pues, en filosofía, en donde todo se cuestiona, la autoridad no es un argumento — ni la autoridad de un filósofo, ni la autoridad política. Y evidentemente — y con mucha más razón — tampoco son argumento válido, ni el poder físico o político ni el de los ejércitos y el de las armas: nadie tiene la razón porque tenga en sus manos los misiles o los más sofisticados tipos de armas nucleares.

Filosofía y libertad

Pero, por otra parte, esto explica también, no solo la dificultad de la filosofía sino la impresionante diversidad de las opiniones filosóficas. En un terreno en donde no se sigue ninguna autoridad, en donde no se admiten presupuestos ni métodos tradicionales y en donde hay que tener siempre ante los ojos los complejos problemas de la Ontología, no es de extrañar que exista una enorme diversidad de puntos de vista.

Tal vez por eso, quizá no sea lo más oportuno empezar los estudios filosóficos por la Historia de la Filosofía. Muchos, en efecto, quedarían desconcertados cuando vieran que Platón dijo tal cosa, pero que Aristóteles dijo otra muy distinta; en tanto que Descartes o que Kant dijeron

algo que parece ser exactamente lo contrario. En filosofía hay muchos puntos de vista y, sin embargo, hay que respetar esos puntos de vista y tratar de comprender su diversidad. Aquí nadie puede arrogarse el derecho de decir: Mi punto de vista es el único válido. Pero, de todos modos, esa multiplicidad de opiniones hace laborioso el estudio de la filosofía. No es pues de extrañar que ya el propio Santo Tomás afirmara que sólo muy pocos hombres, y eso tras largo tiempo y no sin mezcla de errores, llegan a penetrar y resolver las cuestiones fundamentales de la filosofía.

Viva hoy más que nunca

En cuanto a los que pensarán que la filosofía está hoy tal vez muerta o moribunda, debo decirles lo siguiente: Yo acabo de llegar de Alemania en donde existen, especialmente en Friburgo, en Heidelberg y en Düsseldorf, sendos institutos para el estudio y la investigación filosófica (fuera de todas las demás Facultades de Filosofía). La sola biblioteca del Instituto de Investigaciones Filosóficas de Düsseldorf cuenta aproximadamente con unos cien mil volúmenes de solo filosofía; y además, con una cadena de computadores medianos, que pueden decirle en unos minutos, a quien desee estudiar un tema, no sólo qué libros existen sobre el tema —en alemán, en inglés, en francés, en español y en italiano— sino también cuáles son los artículos de revistas publicados hasta hoy, sobre dicho tema, en esas mismas lenguas.

Esto para decir que la filosofía está hoy más viva que nunca. Podría añadir, para corroborarlo que, en sólo Alemania Occidental, se publican actualmente más de veinte revistas especializadas en Filosofía. Es oportuno también hacer notar que aun cuando varias ciencias se han separado de la filosofía, han surgido al mismo tiempo nuevas ciencias, estrictamente filosóficas, para reemplazarlas. Si se independizó la Psicología Experimental —o las psicologías, porque hoy se hace psicología de todo— surgió en cambio y se está consolidando la Antropología Filosófica. Si se apartó la Lógica Matemática, hoy ha surgido la Filosofía de la Lógica y se ha difundido, especialmente en los países de habla inglesa. Y una **Enciclopedia de Filosofía y Ciencia**, que acaba de publicarse en Alemania, enumera hasta veinte clases distintas de Lógica, la mayoría de las cuales dependen de la Filosofía. Además han surgido, en este siglo XX: la Filosofía del Lenguaje —que es todo un mundo— y la Hermenéutica, y la Filosofía de la Ciencia, no sólo de la ciencia en general, sino de cada uno de los grandes grupos de ciencias en particular —Filosofía de la Física, Filosofía de las Matemáticas, Filosofía de la Biología, Filosofía de la Educación, Filosofía Social...

Filosofía y política

Pero tal vez en ningún otro campo podría hoy palpase tan vivamente la importancia de la filosofía, como en el campo político. Quiero citar

sólo dos ejemplos, que ciertamente son demasiado protuberantes: el caso del nazismo y el del marxismo contemporáneo.

Estando yo aún en Alemania, me hicieron notar algunos estudiantes que seguramente Hitler se había inspirado en ideas de Hegel. Pero yo les respondí que, a mi modo de ver, Hitler era un hombre absolutamente incapaz de entender a Hegel. Sí consta, en cambio, que se inspiró ampliamente en las ideas de Nietzsche y que quiso encarnar en su persona el ideal del superhombre, que describe el mismo Nietzsche en varias de sus obras, especialmente en *Así hablaba Zaratustra* y en *Más allá del bien y del mal*. El superhombre, según Nietzsche es aquel que desprecia la moral cristiana —a la que considera como una moral propia de esclavos— y que se crea él su propia moral y la impone a los demás; porque no acepta que nada venga a imponérsele desde afuera, pues él se constituye a sí mismo en su propia ley. Y cuando Hitler quiso hacer a su colega Mussolini, el padre del fascismo, un regalo precioso y realmente práctico y significativo, le envió las obras completas de Nietzsche, en encuadernación de lujo. Ambos quisieron, apoyándose en las ideas de Nietzsche, establecer un imperio mundial que durase por lo menos mil años. Infortunadamente aquel esbozo de imperio alemán que debía, por otra parte, ser el imperio de la raza aria pura, en que se concentraba, por así decirlo, el summum de los valores vitales, tuvo una existencia efímera de solo doce años —de 1933 a 1945— y dejó una Alemania, no solo despedazada geográficamente, sino, en parte, también deshecha psicológicamente.

Pero aún más protuberante es, si se quiere, el caso del marxismo; quiero decir de la filosofía del Materialismo Dialéctico y del Materialismo Histórico. Porque de esa filosofía están viviendo, y por ella están luchando hoy en día, más de dos mil millones de personas, es decir, más de la mitad de la humanidad —la sola República Comunista de China tiene mil millones, y la Unión Soviética, con los países satélites de Europa, Asia y Africa, más de otros mil. Todos ellos consideran la filosofía marxista, como una filosofía salvadora. Pero no solo ellos, sino que también aquí entre nosotros, en América Latina, y no solo en los partidos comunistas o socialistas, que florecen por todas partes, sino también en los movimientos de liberación y en lo que llamamos Filosofía de la Liberación y Teología de la Liberación —en la cual están involucrados buen número de sacerdotes, de religiosos y de religiosas, para no decir de obispos—; se percibe también claramente allí, el soplo de la inspiración marxista.

Estos dos casos confirman lo que venimos diciendo, sobre el poder y la fuerza formidable de las ideas, y de cómo son ellas, en definitiva, las que gobiernan al mundo. Porque las ideas son capaces de poner a su servicio, no solo los ejércitos y las armas de todas clases, sino también dos de las fuerzas más formidables del mundo moderno, como son la ciencia y la tecnología.

Abstracto y concreto

Y a propósito de las ideas —que es fundamentalmente el mundo en

que se mueve la filosofía — me parece oportuno contribuir a eliminar un prejuicio que acecha hoy a muchas personas y ronda incluso en torno a los mismos claustros universitarios: es el de pensar que lo que importa son las realidades concretas y tangibles y que, en consecuencia, hemos de mantenernos calculada y sistemáticamente alejados del mundo de las abstracciones. Tenemos pues que afirmar, muy clara y categóricamente: el hombre — todos los hombres y mujeres — no se humaniza sino en la medida en que se hace capaz de abstracción; y las ciencias mismas, aun las más experimentales y, por decirlo así, más materiales, no logran jamás constituirse sino sobre la base de la abstracción. Las ciencias de la naturaleza tienen que prescindir — es decir “hacer abstracción” — de las cualidades individuales, para fijarse sólo en las cualidades sensibles comunes, e incluso tienden hoy a expresar sus resultados, en abstractas fórmulas matemáticas. Las Ciencias Matemáticas prescinden — es decir “hacen abstracción” — no sólo de las cualidades individuales, sino aun de las mismas cualidades sensibles, y no retienen sino el aspecto cuantitativo de la realidad. Las Ciencias Metafísicas, las más humanas de todas, en un esfuerzo supremo de abstracción, prescinden de las cualidades individuales, de las cualidades sensibles, e incluso de la cantidad, para estudiar el ser, en su forma más universal, prescindiendo de todas las determinaciones particulares, y con ello pretenden llegar nada menos que a una explicación última y definitiva de la realidad.

Es cierto que la Lógica Moderna — contra la aristotélica y la escolástica, que no admitían sino conceptos generales, pues para ellas los conceptos no podían ser sino el reflejo de esencias metafísicas generales — la Lógica Moderna, decimos, reivindica la existencia de los conceptos individuales”, que son los que permiten definir un objeto o una persona cualquiera, y distinguirlo de todos los demás de su especie. Si no existieran los conceptos individuales, dice, la historia vendría a ser una ciencia lógicamente imposible. Porque son los conceptos individuales los que permiten distinguir un Puente de Boyacá, de todos los demás puentes del mundo; o una Catedral de Notre Dame de París, de un San Pedro de Roma y de todas las demás catedrales y basílicas; o un Bolívar de un Napoleón, de un Washington, de un Lenin o de un John F. Kennedy. Y sin embargo, también aquí funciona la “abstracción individualizadora”, que es la que permite, al estudiar un objeto, prescindir de todo aquello que le es común con otros, para no fijarse sino en aquello que le es propio. Por eso no podemos menos de lamentar que los modernos medios de comunicación social, especialmente la radio, el cine y sobre todo la televisión, al fomentar de un modo casi exclusivo en nuestros jóvenes y en nuestros compatriotas, en general, la “pasividad receptiva”, se conviertan más bien en serio obstáculo al desarrollo de ese potencial, tan auténticamente humano, que es precisamente su “capacidad de abstracción”.

¿Qué es, pues, filosofía?

No quisiera terminar esta exposición sin detenerme un momento a

examinar, siquiera sea brevemente, el concepto de lo que precisamente nos ha ocupado en esta ocasión, a saber, el concepto mismo de Filosofía.

Para la generalidad de las personas cultas, ello no parece implicar ninguna dificultad especial, pues se guían fácilmente por la sola etimología: "Philos" = amigo, y "Sophia" = sabiduría. La filosofía no puede, pues, ser otra cosa que el amor o la búsqueda de la sabiduría. Pero el problema se complica, cuando uno se percata de que no todos entienden lo mismo por sabiduría, y de que ese concepto de la "Sophia" es, en realidad, un concepto equívoco. Que para los unos, la sabiduría se identifica con el conocimiento, con la "episteme", con la ciencia, con el conocimiento científico; y que por consiguiente aquí la filosofía, como ya lo anotábamos, se orienta en una dirección "teórica". Mientras que para los otros, la sabiduría es, ante todo, la "Ars Vitae", la "maestra de la vida, la creadora de las leyes y la instructora en las virtudes" de que habla Cicerón, y que, por consiguiente, en este caso, la filosofía toma un camino eminentemente práctico, en dirección de la virtud y la realización de los valores, hasta llegar a identificarse con la Ética y la Política.

Pero aun en el campo teórico, no es lo mismo la filosofía como la concibe Platón, como "autocontemplación del espíritu", orientada hacia las verdades y los valores, es decir, como autorreflexión del espíritu sobre sus más altas funciones teóricas y prácticas; que la filosofía, como la concibe Aristóteles, como "Concepción del Mundo", que busca una fundamentación y, en definitiva, una explicación última de la realidad. Y en el campo práctico, tampoco coinciden, una concepción, como la de los Estoicos, que identifica la sabiduría con el "anhelo de virtud", y una concepción, como la de los Epicúreos, que identifica la sabiduría con el "anhelo de felicidad", es decir, en definitiva, con la búsqueda del placer.

En su obra principal, *Ser y tiempo (Sein und Zeit)*, Heidegger definía la filosofía como: "La Ontología universal y fenomenológica, que parte de la hermenéutica del 'ser ahí' (el 'dasein'); la que a su vez, como analítica de la 'existencia', ata el cabo del hilo conductor de toda cuestión filosófica, allí donde toda cuestión filosófica surge y retorna". La definición, que parece, a primera vista, un tanto complicada, quiere decir, en definitiva, lo siguiente: la filosofía es fundamentalmente el estudio del ser, en su forma más universal, es decir, de la realidad total —eso quiere decir "Ontología Universal"—; pero ese estudio hay que hacerlo a partir de una interpretación de la realidad dada —"hermenéutica del "dasein"— y muy especialmente, a partir de un estudio del ser humano, del ser inteligente, libre y consciente, que es, por excelencia, el ser "existente" —y eso quiere decir la "analítica de la existencia". Y todo ello aplicando el método fenomenológico, que Heidegger aprendió de su maestro Husserl. Por otra parte, según Heidegger, el punto de referencia para el estudio y profundización de toda cuestión filosófica, ha de ser siempre el estudio y profundización del problema ontológico, es decir, del problema del ser, considerado desde una perspectiva fundamentalmente antropológica.

En cambio, en la grandiosa síntesis de Kant, la filosofía aparece —complementariamente— como una “fundamentación crítica del conocimiento científico” —Crítica de la Razón Pura—; como una “fundamentación crítica del mundo de la ética” —Crítica de la Razón Práctica— y como una “Fundamentación crítica del mundo de los valores estéticos” —Crítica del Juicio.

De todos modos la filosofía será siempre la “Ciencia Universal”, que averigua los principios, los fundamentos, las “raíces profundas” de todas las cosas —“rizomata panton” de que hablara Husserl— y que no solo se dirige hacia afuera, a ese universo exterior y visible que nos rodea —“Concepción del Mundo”—; sino también hacia adentro, a ese otro universo interior e invisible, no por eso menos maravilloso, que es el reino de las ideas y de los valores, que es el mundo de las funciones y creaciones espirituales, el mundo de la Ciencia, del Arte, de la Moral y de la Religión —“Autocontemplación del Espíritu”.

Testimonio final

Y si alguien, para concluir, deseara todavía, de mi parte, un testimonio personal, respecto a la importancia de la filosofía, yo diría que una de las grandes aspiraciones de mi vida ha sido siempre el penetrar cada vez más profundamente en las arduas y, en definitiva, apasionantes disciplinas filosóficas; y el disponer de un tiempo, cada día mayor, para poder pasearme, sin prisas, por esas amplias avenidas de la Filosofía Teórica y de la Filosofía Práctica: por los campos fecundos de la Lógica, de la Epistemología, de la Filosofía de la Ciencia y del Lenguaje; por los jardines, tan humanos, de la Antropología, de la Ética, de la Estética, de la Filosofía Social y Política y de la Filosofía de la Religión; por los cauces profundos de la Filosofía de la Historia y de la Historia de la Filosofía, por donde corre sereno el pensamiento filosófico; y, aún más en especial, por los bosques intrincados de la Ontología y la Metafísica, en donde siguen planteándose, desde hace ya casi treinta siglos, las cuestiones más inquietantes, pero a la vez las más importantes y decisivas de la existencia humana.